

Humberto Giannini

EL NACIONALISMO COMO TEXTO

El año 1789 será borrado de la historia

Goebbels.

Vamos a enfrentar un tema complejo, escabroso además, por muchas razones. Hace más de un siglo que el nacionalismo es ave conocida y reconocida en el espacio de las doctrinas políticas¹; de pronto, arremete, convulsiona la fauna política del lugar; se esfuma luego con la misma injustificación con que apareció. ¿Qué es el nacionalismo?

Como fenómeno social, digamos para partir de algo, que es una ideología².

Con esto no ganamos mucho, claro está; más bien complicamos las cosas. Tendremos que resignarnos a construir un concepto amplio de ideología; buscarle un sitio entre las ciencias de las cosas humanas —si es que hay alguna— y la mera opinión (las llamadas 'corrientes de opinión'). Y es lo que haremos inmediatamente:

1. Una ideología es un sistema *de ideas* (de cómo están y cómo han llegado a ser las cosas humanas); *de ideales* (de cómo deberían ser); y *de estrategias* (cómo actuar a fin de realizar en la vida social, el ser ideal de que adolece el ser real). Y en el aspecto sistemático y descriptivo se asemeja al estilo de las ciencias.

2. La ideología supone, entonces, una distancia entre el ser histórico de la sociedad, y su deber ser. Y, en cuanto sistema racional que denuncia la presencia de un mal en el mundo social, se presenta como una explicación histórico-causal de cómo han llegado las cosas a tal estado; en cuanto sistema práctico, contiene un método para superar la situación de defecto.

3. No hay que perder de vista, sin embargo, que la explicación (teoría) y el método (*praxis*) son aspectos supeditados a la intuición básica *de ciertos valores exigibles* en la vida asociada. Queremos decir que lo que está en juego en una ideología no es tanto la cientificidad de sus juicios explicativos como la capacidad de amarrar a sus aspiraciones: *su capacidad de convencer acerca de lo que debe ser*. Por este mismo motivo, la proposición ideológica apunta tanto *a ser verdadera* (a decir las cosas como son o cómo deben ser), como a ser convincente (es decir,

¹En cierto sentido, el nacionalismo, como teoría política, se remonta a Maquiavelo.

²¿O pseudo ideología?

'a llegar' verdaderamente al destinatario del discurso). El estilo más propio de la ideología es el retórico.

4. (Vamos a llamar 'texto ideológico' a las aspiraciones explícitamente proclamadas por una ideología; 'contexto', al conjunto de proposiciones de carácter ya sea económico, antropológico, psicológico, etc. de que se vale la ideología para explicar la distancia ontológica entre realidad histórica e Ideal). *Texto y contexto* hacen de una ideología un esquema completo para valorar el mundo abigarrado de los hechos humanos y para poder inteligentemente participar en él.

Quisiéramos, a continuación, añadir tres rasgos por los que el término 'ideología' ha venido adquiriendo un carácter más bien peyorativo en la historia de la Filosofía Política:

5. *Insuficiencia del contexto* (para justificar el texto) Dicho en términos positivos: la exigencia de cómo deben ser los asuntos humanos *vale* incluso si la explicación de porqué 'las cosas están como están' es una explicación falsa o discutible. Dicho ahora en términos negativos: la exigibilidad de un valor no parece fundarse en hechos; en ningún hecho. La racionalidad le viene de su indiscutible deseabilidad.

6. *La insuficiencia del texto*: esta insuficiencia va a ser más difícil de mostrar. Supongamos que nos decidimos seriamente a realizar ciertas aspiraciones sociales. Esto no sólo nos obligará a ordenar según prioridades lo más deseable y sus medios para obtenerlo, y a poner detrás las aspiraciones que 'pueden esperar'. En la decisión concreta de trabajar por una aspiración descubriremos, además, que su realización no posterga sino más bien exige la eliminación de otras aspiraciones. En resumen: que no sólo tenemos que elegir 'una escala de valores', como se dice, sino entre valores, entre legítimas aspiraciones, en conflicto unas con otras. El proyecto sistemático de realizar el bien, nos revela *la incompatibilidad esencial de nuestras aspiraciones*³.

Las ideologías no son sospechosas por las aspiraciones que declaran (texto). Por el contrario: éstas siempre, o casi siempre, aparecen como legítimas, como exigibles. Las ideologías son sospechosas por las aspiraciones silenciosamente sacrificadas; por las aspiraciones que deben ser reprimidas o son distorsionadas, eliminadas —*texto invisible*— a fin de llevar concretamente a término el proyecto de bien. Y de aquí surge el tercer punto negativo:

7. Toda ideología —o cualquier teoría que implique una decisión social— en la medida en que reprime u oculta un bien incompatible con ese ideal, queda a merced de ser instrumentalizada en este sentido: en permitir el uso del texto visible como pretexto para realizar algún aspecto del texto invisible. Es esta

³En el ejemplo extremo de Sartre (*El Diabolo y Dios*): 'El mundo es inicuo en su raíz: si lo

aceptas, eres su cómplice; si quieres cambiarlo, te vuelves asesino'.

eventual instrumentalización de la ideología, posibilidad inherente a su propia estructura⁴, lo que ha destacado el contexto marxista en su crítica a las ideologías. Pero, a este peligro de *ideologización*, no sólo están expuestas las ideologías: también lo están la religión y la ciencia, en cuanto tienen alguna relación con la vida⁵. Advirtamos sin embargo, lo siguiente: el uso de un texto como pretexto para fines ajenos a la doctrina, no invalida en absoluto la eventual validez de su discurso visible, el valor ético y la exigibilidad de éste. Lo cual es importante destacar, si queremos hacer un análisis objetivo de cualquier sistema que intente mostrar la exigibilidad de un bien, las dificultades históricas para su realización y los medios que ahora propone la doctrina para llevarlo a cabo.

Para facilitar nuestra tarea, dividiremos las ideologías —en este caso: el nacionalismo— en cuatro niveles de intencionalidad:

- a) Lo que el texto dice explícita y claramente (texto y contexto visibles).
- b) Lo que el texto no dice: en primer término, el subsuelo instintivo, tendencial, inconsciente del cual se nutre vitalmente (¿Cómo podría amarrar las voluntades si no fuera así?); en segundo término, como ya habíamos adelantado, el reino de las tendencias, de las aspiraciones sacrificadas por la ideología. Lo llamaremos '*texto invisible*' y corresponde al hermeneuta y al filósofo de teoría política desentrañarlo.
- c) El destinatario directo del mensaje ideológico (una clase, un pueblo, la entera humanidad).
- d) El beneficiario eventual, supuesto que no siempre la ideología beneficia al mismo sujeto que al que va dirigida. Este último punto quedará fuera de nuestra actual reflexión.

El texto visible del Nacionalismo.

Repitamos que el nacionalismo, en la medida en que es ideología, corresponde a una metafísica compendiada: debería permitirnos, entonces, evaluar la socie-

⁴El término ideología fue acuñado por Destut de Tracy (1800) y significó algo así como 'análisis de las ideas desde las más complejas a las más simples'. Napoleón, al recibir críticas de los 'ideólogos', empleó este término en sentido despectivo: los que no saben nada de conducción política, los que viven fuera de la realidad,

y se pierden en la nebulosa de las especulaciones'.

⁵Si una teoría cualquiera no es susceptible de servir como pretexto, es decir, de poder valerse de su credibilidad o de su desiderabilidad, significa que es totalmente indiferente para la vida humana. Insignificante, por lo tanto.

dad y participar inteligentemente en el proceso de su historia. Ahora bien, como ideario político-social el nacionalismo ofrece un texto visible bastante exiguo. Y cabría resumirlo en estos poquísimos puntos: a) Exaltación de la unidad social alrededor del ideal de Patria; b) Rechazo de todo *partidismo*, negación de tal unidad, y c) Exaltación del Estado, generador de los principios que producen y mantienen la unidad exigida.

El texto invisible.

Todo lo anterior es muy poca doctrina. Casi nada. Y, sin embargo, habrá que reconocerlo, un texto exiguo y simple como éste ha logrado en algún momento histórico, provocar entusiasmos multitudinarios y convergencias sociales inexplicables. (Piénsese en el Fascismo italiano o en el Justicialismo argentino).

Sería una frivolidad suponer que el éxito en la recepción del mensaje nacionalista, debe atribuirse a la pereza intelectual de sus destinatarios o a otras causas subjetivas. Conviene preguntarse, por el contrario, si este texto exiguo que hemos mostrado, no tiene tal vez alguna sólida sustentación, no declarada en la doctrina misma. Y es evidente que este supuesto nos lleva casi de inmediato a una reflexión sobre los ideales de Patria y de unidad en los que centra el nacionalismo su breve discurso. Esto es lo que haremos en seguida. Hecho este análisis, nos preguntaremos cuáles son —si las hay— las aspiraciones que en este texto visible quedan reprimidas o deformadas. Así, tendremos un cuadro más o menos completo del texto invisible de la doctrina. Luego de este largo paréntesis, nos preguntaremos por último, acerca del punto que nos queda: cuál es el destinatario preferencial de la doctrina.

EL IDEAL DE PATRIA

Patria para el nacionalismo es la realidad supra individual y supra social a la que pertenecen los individuos y las sociedades históricas (empíricas), y dentro de la cual encuentran, unos y otras, su sentido, su dignidad de ser.

La absolutización de un valor es un aspecto complementario de toda deformación idelógica. Pero, en este caso, el valor existe, y sus raíces vitales son profundas.

Analizaremos tres niveles en que podría realizarse una comprensión de los fundamentos del ideal de Patria:

Uno, que llamaremos 'nivel instintivo-espiritual', un segundo, nivel cultural y, finalmente, el nivel ideológico, que es el que aquí nos interesa tratar.

Nivel instintivo-espiritual.

Empecemos a hablar, genéricamente, del animal. Cierta inquietud, cierta desazón lanza al animal *fuera de sí*, a la objetividad caótica en que está inmerso, al nacer. Tal energía instigadora —tal instinto primordial— guiará segura al animal a encontrarse con 'objetos' presentidos ya como *valiosos* para su vida: la presa, la compañera.

Es a partir de este encuentro que empieza a descubrir un espacio, un círculo vital, con sus distancias separadoras del objeto apetecido, con sus vías de acceso a él, con sus acechanzas y obstáculos. Junto con esto, el animal empieza a configurar un sistema de cosas signos que le sirven para volver a 'eso que apetece', para apropiárselo, para esconderlo. A este círculo ordenado y significativo en torno a los objetos de la apetencia, es a lo que llamaremos 'mundo animal', en un sentido próximo al empleado por Heidegger.

Tal descripción sería, no obstante, estructuralmente incompleta si no señaláramos aquí el eje subjetivo de este círculo de mundo, propio del animal. Hay un centro al que el animal vuelve regularmente y desde el cual domina y organiza su horizonte cotidiano de correrías. Este eje es el verdadero generador de horizontes, y punto clave en la orientación objetiva del animal en su mundo. He aquí su importancia. Démosle el nombre genérico de 'domicilio'⁶ (puede ser la madriguera, el escondrijo, el retiro, la casa del hombre sedentario, la tienda del nómada, etc.).

Así, círculo del mundo y centro domiciliario, estructuran el espacio real en que el animal despliega con cierta seguridad e inteligencia sus posibilidades de vida.

No es radicalmente diversa la génesis psicológica del 'mundo' humano. Sólo que se trata de horizontes más amplios, más ricos, más complejos. Ahora bien, desde este punto de vista instintivo, el terruño, el pueblo, el barrio, la ciudad en que establecemos nuestro domicilio, también constituyen el espacio de nuestra seguridad relativa, y a partir del cual se organiza, se reconoce y se interpreta esa totalidad indeterminada que llamamos 'Universo'⁷. Fuera de esta

⁶Domicilio. En algún lugar hemos dicho respecto del domicilio humano: 'Cuando regreso a este domicilio cumplo el acto altamente simbólico del regreso a mí mismo, desde la dispersión de la calle o la enajenación del trabajo (para otro) / Regreso a un tiempo personal, intranferible. Pues, si tuviéramos que regresar siempre a otro lugar de partida, terminaríamos

por perder la identidad personal; esa identidad por la que cada mañana me levanto con la certeza de ser aquel que se acostó allí la noche anterior. 'Arqueología de la Cotidianidad' Autores varios, ICHÉ, 1980.

⁷El universo es un todo supuesto, a partir de la realidad del mundo.

tierra que nos cobija —des-terrados— los hombres también llegamos a saber del miedo y de la angustia de una desorientación fundamental.

Pero, *además*, el terruño constituye el punto concreto en que se cumple nuestra solidaridad con el ser de la Tierra, el lugar de la exaltación casi religiosa, por decirlo así, *del humus de nuestra humanidad*.

La tierra en la individualidad de sus paisajes, de sus ritmos naturales, de su luz, de sus frutos, de sus olores, de sus sabores, etc. sella el *humus* del hombre con estilos espirituales, con modos propios de hacer y decir las cosas, con cadencias de voz, inconfundibles. Tal conformidad, tal fidelidad, que trasciende la voluntad y la conciencia es lo que suele expresarse con términos como 'amor al terruño', 'amor patrio'.

Pero, *además*, el hombre se liga a la Tierra por la realidad del prójimo, es decir, del hombre com-prometido con él, a partir de un sistema de usos y costumbres— que le posibilita reconocerse en el otro, asociarse en el trabajo, participar en la obtención de sus frutos y crear así, una continuidad de vida compartida. En resumen: habita en un 'mundo significativo' que le asegura su pertenencia a un Todo lo más racional posible, en el que participa y en el que se prolonga más allá de su propia individualidad.

Veremos por último que este interés de prolongación no es sólo sociológico.

Hay una necesidad tan íntima y profunda como las anteriores. Podría describirse como la necesidad de antecederse. Esto es: de fundar su propio valor de ser —efímero, limitado— en un valor permanente y originario. Esta necesidad de antecederse, de ser ya antes de ser, no se satisface con la simple remisión a los antepasados inmediatos —nuestros padres— sino a un *principio-valor*, al género⁸ (la raza, los héroes, los dioses) en fin, a los señores o conquistadores de la Tierra que habitamos, poseedores de las virtudes que cada descendiente vuelve a traer a la vida. Esta pertenencia a un principio original que permanece y se expresa en cada individuo; que a su vez, los re-liga⁹ en un todo que se despliega históricamente, es lo más cercano a un panteísmo popular, a un *panteísmo lárlico*¹⁰, para diferenciarlo de aquel panteísmo abstracto de los filósofos. Digamos, pues, que el panteísmo lárlico es un sentimiento cuasi religioso mediante el cual el hombre deriva su ser-fundado sobre la Tierra.

En resumen: la necesidad vital de un domicilio, generador de horizontes y perspectivas; la necesidad social de pertenencia a una organización humana trans-temporal que asegure sus intereses en el mundo; la necesidad, en fin, de antecederse y fundar su ser en un principio (género), que es al mismo tiempo un valor ligado al dominio de la Tierra, todas éstas son necesidades difícilmente extirpables

⁸Género: 'por el que se inicia la generación y la raza' Porfirio, Isagoge.

⁹Recordemos que *religio* viene de re-ligare.

¹⁰Lárlico, de lar, de dioses lares.

en el alma humana. Lo testimonia la poesía y la literatura desde los tiempos más remotos. Así, sólo una perspectiva muy estrecha podría minimizarlas.

El nivel cultural.

El sentimiento básico, instintivo del que venimos de hablar, se articula, se conceptualiza a través, especialmente, de la educación formal —el culto de la historia Patria y de sus héroes, etc.—; se expresa permanentemente en la espontaneidad del folclore; se fija en símbolos y emblemas convencionales —la bandera, el escudo.—; que a la larga logran crear asociaciones más o menos fuertes y estables. Tal sentimiento de patria se agudiza, se exaspera en tiempos de amenazas externas, de invasiones, de fragmentaciones forzadas, de éxodo o de exilio; en tales momentos crece el sentimiento de nostalgia, de irredentismo, de exaltación de la tierra prometida; estalla el fervor patrio, el anhelo de unidad, como sucede en Italia, por ejemplo, en tiempos de la restauración o en Alemania, durante la invasión napoleónica o, finalmente, en los países latinoamericanos, en su gesta de independencia. En tales momentos, la Patria puede volverse, incluso, una entidad mágica, el lugar en que los dioses —o Dios— expresan su poder; la razón por la que el hombre es capaz de inmolar su vida.

En resumen: a la expresión socializada, ritual —a veces, competitiva y beligerante— de la inclinación primordial, es a lo que podríamos llamar con propiedad 'patriotismo'. Pero no es ese nuestro tema.

El nivel ideológico: El nacionalismo

El nacionalismo es una ideología. (O una pseudo ideología). Decíamos que su contenido manifiesto es bastante exiguo. Con todo, la sustentación invisible es riquísima y compleja. Recordémoslo: está sustentado nada menos que por aquella primerísima necesidad de orientación biológica y espiritual de que hablábamos a propósito del nivel instintivo.

Pero, el nacionalismo es una ideología, en un sentido negativo y principalmente por las aspiraciones sociales elididas, silenciadas en el texto visible.

En efecto: a partir de su exigencia de unidad nacional como valor absoluto y permanente, el nacionalismo pretende suspender todo debate sobre los problemas estructurales de una sociedad: los problemas de convivencia y participación.

El receso partidista constituye, pues, un principio fundamental (no transitorio) del texto invisible en todo nacionalismo consecuente. En reemplazo de la participación madura de los ciudadanos en la vida política de la nación, el nacionalismo

estimula y organiza toda suerte de entidades distractoras como Juntas de Vecinos, Organizaciones Municipales, Asociaciones profesionales (el corporativismo, por ejemplo) Clubes de Vida Sana, agrupaciones paramilitares, etc.

El receso esencial en que el nacionalismo coloca la vida partidista, dinamismo real de una democracia, lo convierte sin más en una *postura totalitaria*.

Lo es también en este sentido: no poseyendo ningún proyecto de lo que sería el bien común, ni la participación en los bienes de la Tierra, y no admitiendo, por otra parte, que tal proyecto pueda generarse en la abierta discusión y concesiones propias de la inteligencia política, postula que la conducción de los asuntos del Estado queda indisolublemente ligada al arbitrio de un hombre providencial, expresión inspirada del alma nacional. El nacionalismo es por naturaleza *monotimócrata*.

Así, tenemos de nuevo que no por estrategia contingente, sino por una profunda convicción, suprime el debate político en el que las diversas cosmovisiones populares juegan un papel irrenunciable en una democracia. En resumen, es antidemocrático, por su rechazo a la búsqueda de un consenso común.

Y al poner el peso de su concepción en un vacío concepto de unidad, se ve obligado —sin que le disguste hacerlo— a invertir los valores de la razón política: en vez de aclarar y afianzar *la autoridad de principios* reconocidos como buenos, lisa y llanamente, exalta el *principio de autoridad*. Si se liga a esto su admiración por el triunfo de la fuerza ('La guerra, higiene del mundo' - 'Sólo los que vencen tienen la razón', etc. *Manifiesto del Futurismo*), sobre el lento y a veces infecundo trámite de la inteligencia, si se liga esto a su admiración por la primacía de lo inconsciente (la inspiración), de lo onírico, de lo espontáneo; si se liga a su predilección por el triunfo de la élite y de lo excepcional, tenemos la configuración de un irracionalismo de base; opuesto al 'racionalismo burgués', al prestigio de la conciencia, al positivismo, 'al judaísmo racionalizante' y al 'materialismo marxista'.

En razón de sus premisas panteísticas, el nacionalismo se opone beligerantemente a toda forma de individualismo, en especial, al 'individualismo liberal burgués', que funda la realidad social en el libre juego de los intereses individuales; igualmente abomina del internacionalismo económico —transnacional— que se genera a partir del capitalismo triunfante.

Por otro lado, y con una vehemencia más real, menos retórica, se opone a toda doctrina que funde su texto visible en la existencia de conflictos estructurales al interior de cada sociedad y que proponga soluciones que de hecho van a relegar a un sentido sociológico y relativo el concepto de unidad. Para el nacionalismo, cualquier doctrina de tal índole se convierte, por su pretensión de universalidad, en 'idea foránea', en 'cosmopolitismo' destructor de la unidad de la

Patria. Por lo cual, asume a pesar de sus declaraciones, un papel eminentemente conservador.

En resumen: hay aspiraciones sociales seriamente desplazadas u oscurecidas por el fulgor del pseudo concepto de unidad alrededor del que se estructura el pequeño texto visible del nacionalismo. Las aspiraciones sacrificadas son esencialmente: *la aspiración de la inteligencia humana a participar en la dinámica del todo social, y la aspiración a la racionalidad* (al reino de la autoridad de los principios contra el principio de autoridad). Estas dos aspiraciones conforman el sistema circulatorio de una democracia, de la que sea.

Esto es lo que teníamos que decir en torno al texto invisible del nacionalismo.

Dos palabras aún sobre su destinatario predilecto.

Es evidente que el ideal de Patria satisface simbólicamente una serie de necesidades de afirmación y de identidad en la adolescencia y en la juventud. Sobre esto habría muchísimo que decir. Que recordar también, acerca de la historia de los últimos tiempos. Desgraciadamente, la lucha por la democracia, allí donde peligra, será siempre una lucha por reconquistar la confianza de la juventud.

Además, el nacionalismo encuentra buenos aliados en los estratos medios de la población, los que, por una parte, viven constantemente en el terror de ser proletarizados, y por otra, quisieran consolidarse como clase, dignificando su función, al identificarse con la realidad casi divina y omnipotente del estado nacionalista.

Para terminar: creemos que lo dicho acerca de las ideologías, más nos autorizarían a tratar al nacionalismo, *en cuanto opción política*, como una pseudo-ideología. Esto, por la vacuidad de su texto visible. Sería igualmente lícito decir que es la mera ideologización de un sentimiento común cuya función vital es innegable.